

MEGAMISIÓN 2025

RETIRO DE
MITAD DE SEMANA

≡ Yo también quiero ser
SANTO ≡





HORARIO

10:00 – 10:45 - Oraciones de la mañana y meditación

10:45 – 11:00 - Tiempo de oración personal

11:00 – 11:50 - Primera plática

11:50 – 12:10 - Tiempo de oración personal frente al Santísimo

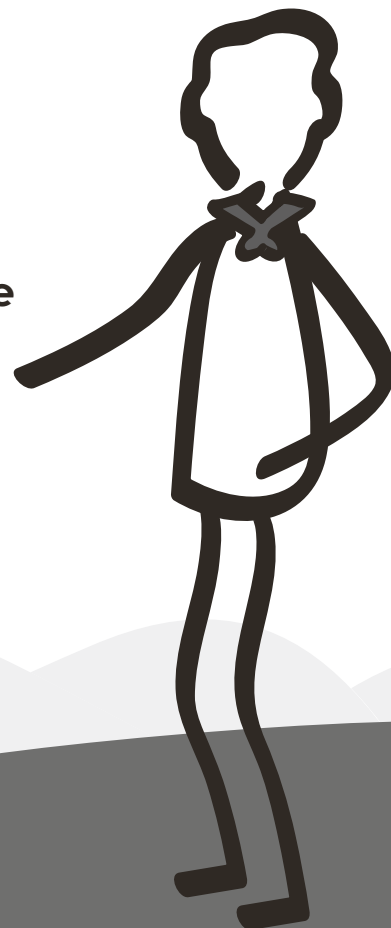
12:10 – 1:00 - Segunda plática

1:00 – 2:00 – Santa Misa

2:00 – 3:00 – Tiempo de comida

3:00 – 3:30 – Tiempo libre

3:30 – 4:30 – Actividad de integración y cierre





MEDITACIÓN

“HECHOS PARA DIOS”

¿Qué es ser santo?

“Él (Dios) nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e intachables en su presencia por el amor” (Ef 1, 4).



Oración preparatoria

Señor, estoy aquí, en estas Megamisiones, para renovar mi entrega. Me elegiste para estar siempre contigo y participar de tu Vida Divina hasta la eternidad. Ayúdame a amarte más, enséñame a amar como tú, entregando todo de mi hasta el final.



Lectura

De la carta de san Pablo a los Efesios 1, 3-10, 18-19; 2, 8:

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos y reprochables en su presencia por amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. En Él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.

Que Dios ilumine los ojos de su corazón, para que sepan cuál es la esperanza a la que Él los llama, cuál la riqueza de su gloria que da en herencia a los santos y cuál la soberana grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, de acuerdo con la eficacia de su fuerza poderosa... En efecto, por gracia están salvados mediante la fe; esto no viene de ustedes sino que es don de Dios...

Texto complementario:

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL Miércoles 13 de abril de 2011

LA SANTIDAD

Queridos hermanos y hermanas:

En las audiencias generales de estos últimos dos años nos han acompañado las figuras de muchos santos y santas: hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: *«Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20)*. Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, *«nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios» (Lumen Gentium, 50)*. Al final de este ciclo de catequesis, quiero ofrecer alguna idea de lo que es la santidad.

¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo? A menudo se piensa todavía que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. San Pablo, en cambio, habla del gran designio de Dios y afirma: *«Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor» (Ef 1, 4)*. Y habla de todos nosotros. En el centro del designio divino está Cristo, en el que Dios muestra su rostro: el Misterio escondido en los siglos se reveló en plenitud en el Verbo hecho carne. Y san Pablo dice después: *«Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud» (Col 1, 19)*. En Cristo el Dios vivo se hizo cercano, visible, audible, tangible, de manera que todos puedan recibir de su plenitud de gracia y de verdad (cf. Jn 1, 14-16). Por esto, toda la existencia cristiana conoce una única ley suprema, la que san Pablo expresa en una fórmula que aparece en todos sus escritos: en Cristo

Jesús. La santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús, como afirma san Pablo: *«Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rm 8, 29)*. Y san Agustín exclama: *«Viva será mi vida llena de ti» (Confesiones, 10, 28)*. El concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido de ella: *«En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria» (Lumen Gentium, n. 41)*.

Pero permanece la pregunta: ¿cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (*cf. Is 6, 3*), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el concilio Vaticano II: *«Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron» (Lumen Gentium, 40)*. La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición *«con»*: con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. *«Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 4)*. Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo

el concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. *«“Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como lazo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 13, 10), dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin» (Lumen gentium, 42).* Quizás también este lenguaje del concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debemos decir las cosas de un modo aún más sencillo. ¿Qué es lo esencial? Lo esencial es nunca dejar pasar un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las *«señales de tráfico»* que Dios nos ha comunicado en el Decálogo leído con Cristo, que simplemente explicita qué es la caridad en determinadas situaciones. Me parece que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las *«señales de tráfico»* que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de caridad. *«Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo» (Lumen Gentium, 42).* Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

Esta es la razón por la cual san Agustín, comentando el capítulo cuarto de la primera carta de san Juan, puede hacer una afirmación atrevida: *«Dilige et fac quod vis», «Ama y haz lo que quieras»*. Y continúa: *«Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien» (7, 8: PL 35).* Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: *«Dilige et fac quod vis», «Ama y haz lo que quieras»*.

Quizás podríamos preguntarnos: nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, ¿podemos llegar tan alto? La Iglesia, durante el Año litúrgico, nos invita a recordar

a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer este camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, debo decir que también según mi fe personal muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y quiero añadir que para mí no sólo algunos grandes santos, a los que amo y conozco bien, son *«señales de tráfico»*, sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad.

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Queridos amigos, ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista a esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana. Una vez más san Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: *«A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo ... Y él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4, 7.11-13)*. Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será él quien nos transforme según su amor. Gracias.

Ideas claves para desarrollar:

1. Dios nos eligió para que seamos santos y perfectos en el amor.

San Pablo llama **“santos”** a todos los creyentes y bautizados en Cristo. En griego la palabra santo es **hagios** que significa: apartado del mundo para ser dedicado a Dios. Cuando pensamos en los santos, solemos pensar en personas difuntas de las que vemos estatuas en las iglesias, estampas, apariciones milagrosas y encuentros místicos. Sin embargo, estos santos a los que les escribió San Pablo en Éfeso estaban vivos y no habían realizado milagros.

Cuando la Iglesia se refiere a los **“santos”**, no se refiere únicamente a personas fallecidas reconocidas oficialmente como tales, sino a todos los bautizados que han sido apartados y consagrados a Dios por medio del Bautismo. Ser santo no es una cuestión de hazañas milagrosas, sino de pertenecer a Cristo y de vivir en y por Él. Los santos de Éfeso eran creyentes comunes, llamados a vivir como **«hijos de la luz» (Ef 5, 8)**, esforzándose por reflejar en sus vidas la gracia y la santidad que Dios les otorgó. Por el Bautismo, somos transformados en hijos de Dios, partícipes de la Vida Divina de la Santísima Trinidad y por medio de su gracia somos santificados. Dios Padre creó a cada uno de nosotros por amor y para amarnos. La santidad no es otra cosa que nuestra libre aceptación de vivir y participar en ese amor. Los santos que conocemos han hecho cosas extraordinarias porque el amor de Dios es extraordinario. El amar a Dios y estar unidos a Él, transforma todo lo que hacemos en cosas extraordinarias y nos transforma a nosotros mismo en personas extraordinarias. El llamado universal a la santidad significa que todos estamos invitados a ser extraordinarios en el amor. Amando como Cristo nos ama.

Dios mismo nos los dijo: **“Sean santos, porque yo soy santo” (Cfr. Lev 11,44; 1 Pe 1,16)** y la Iglesia nos lo ha recordado: **“Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena” (Lumen Gentium, 40).**

2. Una vida santa no es fruto de nuestro esfuerzo si no de la gracia divina: **“que Dios ilumine los ojos de su corazón, para que sepan cuál es la esperanza la que Él los llama, cuál la riqueza de su gloria que da en herencia a los santos y cuál la soberana grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, de acuerdo con la eficacia de su fuerza poderosa” (Ef 1, 18-19).**

Una de las excusas más frecuentes que utilizamos para pensar que nosotros no estamos llamados a ser santos o que no podemos ser santos es porque nuestras circunstancias o limitaciones personales lo hacen imposible. Pensamos que en nuestra realidad concreta no podemos alcanzar la santidad. Creemos que la santidad perfecta solo puede ser alcanzada por personas aisladas de las atracciones y distracciones del mundo. Que las personas fuera del claustro, que debemos luchar constantemente contra el mundo, la carne y el demonio, tenemos que conformarnos con alcanzar algo mucho menos que la perfección. El amor de Dios no es así. Él nos ama con un amor fiel y eterno a cada uno de nosotros, y su voluntad siempre ha sido que vivamos plenamente en ese amor. Por eso nos envió a su Hijo. Cuando por el pecado original el hombre había perdido la gracia y la amistad con Dios, Él continuó amándonos. Tanto es así que, envió a su Hijo al mundo para redimir a la humanidad. Redimir significa pagar una deuda, Jesús pagó por todo el daño causado por el pecado original y los pecados actuales. Fue Jesucristo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, quien restauró la dignidad del hombre al convertirse Él mismo en hombre. Fue Él quien hizo posible que nosotros pudiéramos ser nuevamente santos e hijos de Dios.

Cuando somos bautizados recibimos la gracia santificante. La gracia santificante es la vida de Dios dentro de nosotros. Santificar significa hacer santo y solo Dios es santo, por lo que nos volvemos santos únicamente en la medida en que Dios habita en nuestras almas. Es decir, la santidad es nuestra participación en la Vida Divina de la Santísima Trinidad. El bautismo borra la mancha del pecado original y nos convierte en templos del Espíritu Santo. Dondequiera que habite el Espíritu Santo, también habitan el Padre y el Hijo. Esto se conoce como la doctrina de inhabitación trinitaria (**Jn 14,23**). Por la inhabitación, los cristianos somos **“marcados con el sello del Espíritu Santo” (Ef 1,13)**, sello personal que nos da la vida, nos hace hijos de Dios y herederos del Reino de los Cielos. La imagen de Dios se reproduce en nosotros por la presencia real de las tres Personas Divinas en nosotros. La santidad es esa amistad íntima del hombre con las tres Personas Divinas que habitan y actúan en él, dándole una vida nueva, divina, sobrenatural y eterna. El bautismo nos otorga el privilegio de participar en la vida interior de la Santísima Trinidad. Realmente nos hace miembros de la familia de Dios por adopción y por gracia.

Así que la verdadera cuestión no radica en el tipo de ambiente en el que se desarrolla nuestra vida, sino en cooperar con la gracia divina, en lo cotidiano, para mantener y acrecentar esa imagen y semejanza de Dios en nosotros. Él, justo porque nos ama, respeta nuestra libertad y pide que aceptemos voluntariamente este don y vivamos las exigencias

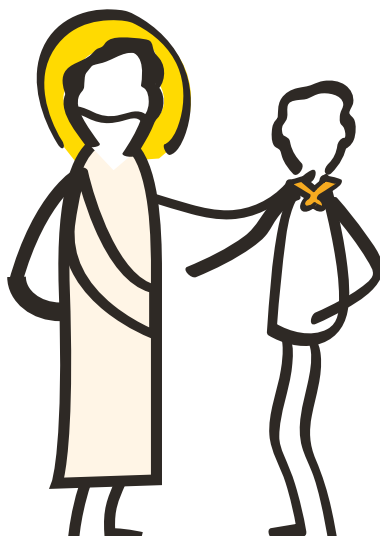
que conlleva. Pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo. Es nuestra decisión conservar y llevar a plenitud la santidad que recibimos **(Cfr. Lumen Gentium, 40)**. Por eso, ante las dificultades, exteriores e interiores, debemos recordar que es Cristo quien nos ha hecho santos al redimirnos en la Cruz. Él y sólo Él es quien nos hace santos. Es verdad que tenemos dificultades, somos débiles, limitados y pecadores, pero tenemos un Salvador que no ama y es fiel. No renunciemos a vivir en su amor por nuestras debilidades y condicionantes. Busquemos esa santidad a la que todos hemos sido llamados.

3. Desde la eternidad Dios nos hizo para estar con Él: "dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo" (Ef, 1, 9)

Es importante que dediquemos tiempo a contemplar con asombro y agradecimiento el plan de Dios, que desde el principio ha sido claro y preciso: que seamos santos por medio del amor de Cristo. Ese es el plan en el que debemos creer y en el que hemos de trabajar confiando en que Dios nos ha dado todo lo necesario para realizarlo por medio de Cristo: ***"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos" (Ef 1,3).***

Oración final

Señor, dame la gracia de que resuenen en mi interior tus Palabras: "santifíquese y sean santos, porque yo, el Señor, su Dios, soy santo" (Lv 11,44). Permite que contemple tu amor infinito y me asombre de que, por ese amor, me has llamado a participar en la plenitud de tu Vida Divina. Haz que se grabe en mi interior el hecho de que tú me has elegido, que me has hecho santo y escuche tu voz diciéndome: "te he llamado", "te espero", "te consagré", "te amo" ...





PRIMERA PLÁTICA:

“CAMINANDO A LA SANTIDAD”

¿Cuál es el camino para ser santo?

“Sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48).

Objetivo:

Ayudar a los misioneros a reflexionar sobre cómo la santidad es el proceso de convertirnos cada vez más en Cristo, de ser transformados por Él. Es nuestra evolución hacia la perfección en el amor.

Para profundizar en este tema te recomendamos la ficha de evangelización “Introducción a la vida espiritual: la santidad y la vida mística” que puedes encontrar en nuestra página.

Contexto:

“Ustedes oyeron que se dijo: ‘Amar a tu prójimo y odia a tu enemigo’. Pero les digo: amen a sus enemigos y oren por quienes los persigan, para que así sean en verdad hijos de su Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos. Porque, si ustedes aman solo a quienes los aman, ¿qué recompensas merecen? ¿No hacen lo mismo los recaudadores de impuestos? Y si saludan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 43-48).



Texto de apoyo:

BENEDICTO XVI AUDIENCIA GENERAL

San Juan de la Cruz

En *Cántico espiritual*, san Juan presenta el camino de purificación del alma, es decir, la progresiva posesión gozosa de Dios, hasta que el alma llega a sentir que ama a Dios con el mismo amor con el cual es amada por él. *Llama de amor viva* prosigue en esta perspectiva, describiendo más detalladamente el estado de unión transformador con Dios. La comparación que utiliza Juan siempre es la del fuego: igual que el fuego, que cuanto más arde y consume la madera, más incandescente se hace hasta convertirse en llama, así el Espíritu Santo, que durante la noche oscura purifica y «limpia» el alma, con el tiempo la ilumina y la calienta como si fuera una llama. La vida del alma es una continua fiesta del Espíritu Santo, que deja entrever la gloria de la unión con Dios en la eternidad.

Subida al Monte Carmelo presenta el itinerario espiritual desde el punto de vista de la purificación progresiva del alma, necesaria para escalar la cima de la perfección cristiana, simbolizada por la cima del Monte Carmelo. Esta purificación se propone como un camino que el hombre emprende, colaborando con la acción divina, para liberar el alma de todo apego o afecto contrario a la voluntad de Dios. La purificación, que para llegar a la unión de amor con Dios debe ser total, comienza por la de la vida de los sentidos y prosigue con la que se obtiene por medio de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que purifican la intención, la memoria y la voluntad. *Noche oscura* describe el aspecto «pasivo», o sea la intervención de Dios en el proceso de «purificación» del alma. De hecho, el esfuerzo humano por sí solo es incapaz de llegar a las raíces profundas de las inclinaciones y de las malas costumbres de la persona: sólo las puede frenar, pero no extirparlas completamente. Para hacerlo, es necesaria la acción especial de Dios que purifica radicalmente el espíritu y lo dispone a la unión de amor con él. San Juan define «pasiva» esa purificación, precisamente porque, aunque es aceptada por el alma, la realiza la acción misteriosa del Espíritu Santo que, como llama de fuego, consume toda

impureza. En este estado, el alma está sometida a todo tipo de pruebas, como si se encontrara en una noche oscura.

Estas indicaciones sobre las obras principales del santo nos ayudan a acercarnos a los puntos más destacados de su vasta y profunda doctrina mística, cuyo objetivo es describir un camino seguro para alcanzar la santidad, el estado de perfección al cual Dios nos llama a todos. Según Juan de la Cruz, todo lo que existe, creado por Dios, es bueno. A través de sus criaturas, nosotros podemos descubrir a aquel que en ellas ha dejado una huella de sí mismo. La fe, en cualquier caso, es la única fuente que se le da al hombre para conocer a Dios tal como es en sí mismo, como Dios uno y trino. Todo lo que Dios quería comunicar al hombre lo ha dicho en Jesucristo, su Palabra hecha carne. Él es el único y definitivo camino al Padre (*cf. Jn 14, 6*). Cualquier cosa creada no es nada en comparación con Dios y nada vale fuera de él: en consecuencia, para alcanzar el amor perfecto de Dios, cualquier otro amor debe conformarse en Cristo al amor divino. De aquí deriva la insistencia de san Juan de la Cruz en la necesidad de la purificación y del vaciamiento interior para transformarse en Dios, que es la meta única de la perfección. Esta «*purificación*» no consiste en la simple carencia física de las cosas o de su uso; lo que hace al alma pura y libre, en cambio, es eliminar toda dependencia desordenada de las cosas. Hay que situar todo en Dios como centro y fin de la vida. El largo y fatigoso proceso de purificación exige el esfuerzo personal, pero el verdadero protagonista es Dios: todo lo que el hombre puede hacer es «*estar dispuesto*», estar abierto a la acción divina y no ponerle obstáculos. Viviendo las virtudes teologales, el hombre se eleva y da valor al propio compromiso. El ritmo de crecimiento de la fe, de la esperanza y de la caridad va al paso con la obra de purificación y con la progresiva unión con Dios hasta transformarse en él. Cuando se llega a esta meta, el alma se sumerge en la misma vida trinitaria, de modo que san Juan afirma que llega a amar a Dios con el mismo amor con el que él la ama, porque la ama en el Espíritu Santo. Por este motivo el doctor místico sostiene que no existe verdadera unión de amor con Dios si no culmina en la unión trinitaria. En este estado supremo el alma santa conoce todo en Dios y ya no debe pasar a través de las criaturas para llegar a él. El alma se siente entonces inundada por el amor divino y se alegra completamente en él.

Queridos hermanos y hermanas, al final queda la pregunta: este santo, con su alta mística, con este arduo camino hacia la cima de la perfección, ¿tiene algo que decirnos también a nosotros, al cristiano normal que vive en las circunstancias de esta vida de hoy, o es un ejemplo, un modelo sólo para pocas almas elegidas que pueden realmente emprender este camino de la purificación, de la subida mística? Para encontrar la respuesta debemos ante todo tener presente que la vida de san Juan de la Cruz no fue un «*volar en nubes místicas*», sino que fue una vida muy dura, muy práctica y concreta, tanto como reformador de la Orden, donde encontró muchas oposiciones, como superior provincial, como en la cárcel de sus hermanos, donde estaba expuesto a insultos increíbles y a maltratos físicos. Fue una vida dura, pero precisamente en los meses pasados en la cárcel escribió una de sus obras más hermosas. Y así podemos entender que el camino con Cristo, ir con Cristo, «*el Camino*», no es un peso añadido al ya suficientemente duro fardo de nuestra vida, no es algo que haga más pesado esta carga, sino que es una cosa totalmente distinta, es una luz, una fuerza, que nos ayuda a llevar este peso. Si un hombre lleva dentro de sí un gran amor, este amor le da casi alas, y soporta más fácilmente todas las molestias de la vida, porque lleva en sí esta gran luz; esta es la fe: ser amado por Dios y dejarse amar por Dios en Jesucristo. Este dejarse amar es la luz que nos ayuda a llevar el peso de cada día. Y la santidad no es una obra nuestra, muy difícil, sino precisamente esta «*apertura*»: abrir las ventanas de nuestra alma para que la luz de Dios pueda entrar; no olvidar a Dios porque precisamente en la apertura a su luz se encuentra fuerza, se encuentra la alegría de los redimidos. Oremos al Señor para que nos ayude a encontrar esta santidad, dejarse amar por Dios, que es la vocación de todos y la verdadera redención. Gracias.

Ideas claves para desarrollar:

1. La santidad es un proceso:

La santidad es el proceso de convertirnos cada vez más en Cristo, de ser transformados por Él. Es nuestra evolución hacia la perfección para cumplir con lo que Jesús nos ha pedido: “*Sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48)*”. Es un proceso de formación y crecimiento por el cual nos transformamos en lo que hemos sido creados a ser, en la imagen y semejanza de Dios. En el inicio Dios nos

creó como Él, especialmente en cuanto a nuestra inteligencia y voluntad para poder amar. Pero con el pecado original perdimos esa semejanza. Toda la vida católica gira en torno a recuperarla y esa es la meta de la santidad. Por eso, todo lo que hacemos como católicos tiene como objetivo alcanzar una verdadera participación en la vida de amor de la Santísima Trinidad, en amar como Dios nos ama porque gozamos de su perfecto amor. Es común pensar que nuestro objetivo como cristianos es dejar de cometer pecados mortales. En cierto sentido es verdad, pero estamos llamados a mucho más que a solo no pecar. La meta no es sobrevivir. La meta es tener vida sobreabundante en Dios. Una vida en la plenitud del amor de Dios. Estamos llamados a participar de la vida eterna de la Santísima Trinidad, y no solo en el Cielo, si no aquí en la Tierra también.

Nuestro proceso hacia la santidad es un camino que va a durar toda la vida. Los padres de la Iglesia, los teólogos y los santos hablan de tres etapas de progreso o perfección: la vía purgativa, iluminativa y unitiva. Cada etapa representa un avance hacia la santidad o perfeccionamiento, y a una unión total con Dios.

Las etapas del crecimiento espiritual son descriptivas y no necesariamente cronológicas. Tampoco se excluyen una a la otra, solo que una será la predominante dependiendo del progreso que se haya logrado. También hay muchos grados o niveles en cada vía. Cada persona es diferente y cada una tiene una amistad única con Cristo. Los grandes místicos como Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz han descrito para nosotros el camino de la vida espiritual para que podamos entenderlo, pero es eso, solo una descripción. Cada uno debe experimentar de manera propia esta transformación en Cristo.

La línea central de estas vías es purificar nuestra alma y corazón para que podamos empezar a ver a Dios como Él es, y no como nosotros pensamos que es, para poder amarlo más profundamente. Esto requiere una depuración de nuestras faltas, un combate a nuestros malos hábitos (vicios) y tendencias que hemos acumulado a lo largo de la vida, y principalmente un crecimiento en nuestra vida de oración. Estas vías o etapas son el

camino a seguir para vencer el pecado y para crecer en virtud y santidad hasta que nuestra perfección este completa, hasta que seamos partícipes de la naturaleza divina de Dios. Pero para alcanzarla debemos pasar primero por la vida ascética. El término *“ascesis”* procede del griego *askesis* que significa *“ejercicio o entrenamiento”*. La ascesis cristiana es la búsqueda de la perfección por medio de un esfuerzo personal para subordinar las tendencias negativas a la luz de la razón y en el dinamismo de la gracia. Es el ejercicio de ciertas prácticas para luchar contra lo que nos aleja de Dios. La vida ascética es el camino ordinario o la primera etapa de la perfección cristiana. Es la etapa en la que crecemos en virtud y quitamos de raíz los vicios que sofocan nuestra vida espiritual. Todo esto no sucede de manera espontánea o por sí solo, se requiere mucho esfuerzo y por esto muchas personas no logran progresar. El pecado original hace que deseemos que todo sea fácil y sin trabajo.

Queremos que los regalos de Dios se nos den sin la necesidad de esforzarnos. La situación es que, aunque la salvación sea gratuita, no es barata. Nos va a costar mucho esfuerzo y dedicación, pero siempre vamos a contar con la ayuda de Dios y la guía del Espíritu Santo.

2. Vía purgativa:

La etapa purgativa es el paso de la muerte a la vida. Es el inicio de la salvación, porque la persona que se encontraba en pecado mortal y por tanto muerta espiritualmente vuelve a la vida de gracia. La gracia santificante llena nuestro ser y lo restaura como hijos de Dios. Se llega a la vía purgativa por medio del bautismo o/y por la confesión, ya que es el inicio de la vida espiritual. Es importante resaltar que, si no estamos en vida de gracia, no estamos en la vía purgativa. Necesitamos primero estar vivos para poder crecer espiritualmente.

En esta etapa, la preocupación principal del alma es la conciencia de su pecado: le duelen los pecados pasados y desea reparar las ofensas que ha cometido. También, nuestros deseos y afecciones son purificados de su atracción al pecado.

Las distracciones del mundo deben disminuir y las malas pasiones e inclinaciones deben de ser dominadas para que podamos perseverar en el ejercicio de las virtudes. El objetivo principal es quitar de raíz los remanentes y los malos hábitos de los pecados pasados por medio de la mortificación, austeridad y simplicidad al someter nuestra voluntad a la voluntad de Dios. La principal virtud por cultivar en este estado es la humildad que nos ayuda a ser conscientes de nuestras debilidades y de nuestra dependencia a la gracia de Dios.

3. Vía iluminativa:

La característica principal de esta etapa es la iluminación de la inteligencia en el ser y el obrar de Dios, y un entendimiento claro de Su voluntad en nuestra vida. Nos lleva a un estado de recogimiento, es decir, a una atención constante de la mente y de los afectos hacia pensamientos, y sentimientos que eleven el alma a Dios. Se ha progresado y se tiene un mejor control sobre los vicios y pasiones, por lo que es más fácil mantenerse lejos del pecado mortal.

Aun así, falta alejarse completamente de los pecados veniales que tiene su raíz en el apego a las cosas terrenas, no porque sean malas, sino porque nos distraen de alcanzar una unión más profunda con Dios. Dios ilumina nuestra inteligencia y la hace cada vez más capaz de Él para que podamos penetrar en la belleza de su verdad. Así se logra entender lo que Cristo dijo: *"Si permanecen en mi palabra, serán verdaderamente discípulos míos; conocerán la verdad, y la verdad los hará libres"* (Jn 8, 31-32). Es decir, pasamos de un conocimiento puramente estudiado a una comprensión de Dios por experiencia, que va mucho más que un simple conocimiento, porque la meta no es solo conocer a Dios, sino tener una relación profunda e íntima con Él. Este objetivo va más allá de la vida ascética de la vía purgativa.

Estamos comenzando a adentrarnos a la vida mística. En esta etapa ya no estamos averiguando quién, qué y el porqué de Cristo. Dios se está derramando sobre nosotros y comenzamos a permanecer cada vez más en la contemplación de su amor. En lugar de memorizar y analizar las verdades de la fe, penetramos cada vez

más en niveles mucho más profundos de significado que no pueden ser conocidos por nuestros sentidos. Así, crecemos de manera espiral para llegar a niveles más altos en la vida espiritual hasta la vía unitiva donde nuestro crecimiento se va volviendo más circular.

En la vía iluminativa, Dios trabaja en nuestra alma para liberarnos de las cosas que nos retienen en nuestro camino hacia su gloria. El amor es más fuerte y el alma desea progresar más en la vida espiritual y en las virtudes. Se tiene un intenso deseo de no ofender a Dios, por eso se evita cometer pecados veniales, hacer actos de reparación y penitencia. Se busca tener horas de recogimiento y oración para poder pasar más tiempo con ÉL, y realizar obras de caridad hacia los demás. Dios se convierte verdaderamente en el centro de nuestras vidas y este movimiento del corazón nos lleva a imitarlo. Se lucha para ser como Cristo porque se sabe que esa es la clave para la unión con Él. Así como las personas que se aman se mimetizan en gestos y expresiones, así es el deseo de vivir y amar como nuestro Señor lo hizo.

4. Vía unitiva:

Es la etapa final en el camino a la perfección cristiana. Se logra cuando la inteligencia se ha desprendido de las cosas temporales y por tanto está fijada principalmente en Dios. El alma tiene una conciencia constante de su presencia y habitualmente (es un hábito) se conforma a su voluntad. El alma ama plenamente a Dios y a sus hermanos.

En resumen, una vez que el alma haya sido purificada hasta cierto punto en la vía purgativa, el enfoque del camino comienza a dirigirse hacia ir a más. En lugar de purgar faltas, nos enfocamos en desarrollar más las virtudes morales y teologales para poder amar más y mejor.

Después, Dios nos avanza a la segunda etapa o vía iluminativa. Nuestra vida espiritual cambia y se profundiza, y desarrollamos un verdadero deseo de estar más cerca de Cristo. De hecho, el objetivo de toda la segunda etapa es deshacernos de nuestro amor egocéntrico. Nos damos cuenta de que al buscarnos a nosotros mismos

nunca nos va a satisfacer, y que entregar nuestra vida, así como Cristo lo hizo, es el único camino para ser felices. Eventualmente iremos progresando a la vía unitiva, donde nuestra alma solo desea estar con Dios. Nuestra relación con Él es realmente más como la de dos personas que se aman que de amigos. Se vive en una paz que sobrepasa toda comprensión.

La vía unitiva se trata de beber profundamente del pozo del amor de Dios y es imposible hablar de esta etapa espiritual sin hablar sobre el lenguaje del amor que es la oración. Crecimiento en la vida espiritual es sinónimo de crecimiento en la vida de oración. Es más, si no tenemos una vida de oración es posible que ni siquiera podamos llegar al cielo. En la vía unitiva, el alma ha llegado al tipo de comunicación más cercana con el Señor, la oración contemplativa. La contemplación es el tipo de oración más alta de los tres grados de oración (vocal y meditativa).

Toda esta transformación y progreso hacia la vida divina es completamente un don gratuito de Dios. Así como Santa Teresa de Ávila lo dice: *"porque da el Señor cuando quiere y como quiere y a quien quiere"* (De Ávila, L. IV, cap. 1,2). Pero la voluntad de Dios no es arbitraria, es perfecta, y Él quiere siempre lo que es mejor para nosotros.

Al empezar a caminar por la vida espiritual y al ir progresando nos iremos dando cuenta que todo ese *"trabajo"* se va convirtiendo poco a poco en algo que nos gusta. Los actos de penitencia o de reparación que eran tan duros y difíciles de hacer en la vía purgativa, conforme se va avanzando se vuelven deseables y esperados. Las virtudes que parecían tan difíciles de obtener al inicio van a empezar a dar frutos y a acelerar el ascenso a Dios. La oración que era vocal y meditativa se transforma en *"conocimiento"* increíble que nos lleva a la paz interior. A todo esto hemos sido llamados. No es algo exclusivo para monjas o religiosos, cada uno de nosotros ha sido creado para tener esta intimidad con Dios.



SEGUNDA PLÁTICA:

“VIVIR LA SANTIDAD”

LAS VIRTUDES

“Compórtense como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz” (Ef 5, 8b-9).

Objetivo:

Hacer una reflexión sobre cómo para poder amar a Dios con todo nuestro “corazón, alma, mente, ser y amar a nuestros hermanos” es necesario olvidarnos de nosotros mismos y poner en primer lugar a quien amamos. Eso solo se logra por medio del ejercicio de las virtudes, en especial de la virtud de la caridad.

Para esta plática te recomendamos utilizar la ficha de evangelización “Vicios y virtudes” que puedes encontrar en nuestra página.

Contexto:

“Por eso yo, prisionero por el Señor, los exhortó a comportarse en coherencia con la vocación a la que han sido llamados. Sean siempre humildes y amables, tengan paciencia y sopórtense unos a otros con amor. Procuren mantener la unidad, fruto del Espíritu, mediante la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como también una sola es la esperanza a la que han sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y habita en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Él fue quien constituyó a unos apóstoles y a otros profetas; aún los predicadores del evangelio y a otros pastores y maestros, preparando así a los santos para el servicio eficaz de la

edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento íntegro del hijo de Dios, el estado de hombre perfecto, según la medida de la madurez de Cristo en su plenitud... Imiten a Dios como hijos queridos y compórtense con amor, a ejemplo de Cristo que se entregó a sí mismo por nosotros a Dios como oblación y sacrificio de suave aroma. Como corresponde a los santos, ni siquiera se mencione entre ustedes la lujuria, cualquier tipo de impureza o avaricia. Eviten también obscenidades, tonterías y vulgaridades, cosas todas inapropiadas... Pues, aunque en otro tiempo ustedes eran tinieblas, ahora son luz en el Señor. Compórtense como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Sepan discernir lo que agrada al Señor y no tomen parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas" (Ef 4, 1-7, 11-13; 5, 1-4, 8-11).

 **Texto de apoyo:**

SAN JUAN PABLO II AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de agosto de 1982 (Fragmentos)

Mirada general a la Carta de San Pablo a los Efesios

El autor de la Carta a los Efesios, después de haber presentado con palabras llenas de gratitud el designio que, desde la eternidad, está en Dios y, a la vez, se realiza ya en la vida de la humanidad, ruega al Señor para que los hombres (y directamente los destinatarios de la Carta) conozcan plenamente a Cristo como cabeza: *«...le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos» (1, 22-23)*. La humanidad pecadora está llamada a una vida nueva en Cristo, en quien los gentiles y los judíos deben unirse como en un templo (*cf. 2. 11-21*). El Apóstol es heraldo del misterio de Cristo entre los gentiles, a los cuales se dirige sobre todo, doblando «las rodillas ante el Padre», y pidiendo que les conceda, *«según la riqueza de su gloria, ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu» (3, 14. 16)*.

Después de esta revelación tan profunda y sugestiva del misterio de Cristo en la Iglesia, el autor pasa, en la segunda parte de la Carta, a orientaciones más detalladas, que miran a definir la vida cristiana como vocación que brota del plan divino,

del que hemos hablado anteriormente, es decir, del misterio de Cristo en la Iglesia. También el autor toca aquí diversas cuestiones, válidas siempre para la vida cristiana. Exhorta a conservar la utilidad subrayando al mismo tiempo que esta unidad se construye sobre la multiplicidad y diversidad de los dones de Cristo. A cada uno se le ha dado un don diverso, pero todos, como cristianos, deben *«vestirse del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas» (4, 24)*. A esto está vinculada una llamada categórica a superar los vicios y adquirir las virtudes correspondientes a la vocación que todos han obtenido en Cristo (*cf. 4, 25-32*). El autor escribe: *«Sed, en fin, imitadores de Dios, como hijos amados, y caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros... en sacrificio» (5, 1-2)*.

En el capítulo V de la Carta a los Efesios estas llamadas se hacen aún más concretas. El autor condena severamente los abusos paganos, escribiendo: *«Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad, pues, como hijos de la luz» (5, 8)*. Y luego: *«No seáis insensatos, sino entendidos de cuál es la voluntad de Dios. Y no os embriaguéis de vino (referencia al Libro de los Proverbios 23, 31)..., al contrario, llenaos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones» (5, 17-19)*. El autor de la Carta quiere ilustrar con estas palabras el clima de vida espiritual, que debe animar a toda comunidad cristiana. Y, pasa luego, a la comunidad doméstica, esto es, a la familia. Efectivamente, escribe: *«Llenaos del Espíritu.. dando siempre gracias a Dios Padre por todas las cosas en nombre de nuestro Señor Jesucristo, sujetos los unos a los otros en el temor de Cristo» (5, 20-21)*. Y precisamente así entramos en el pasaje de la Carta que será tema de nuestro análisis particular. Podemos constatar fácilmente que el contenido esencial de este texto *«clásico»* aparece en el cruce de los dos principales hilos conductores de toda la Carta a los Efesios: el primero, el del misterio de Cristo que, como expresión del plan divino para la salvación del hombre, se realiza en la Iglesia; el segundo, el de la vocación cristiana como modelo de vida para cada uno de los bautizados y cada una de las comunidades, correspondiente al misterio de Cristo, o sea, al plan divino para la salvación del hombre.

En el contexto inmediato del pasaje citado, el autor de la Carta trata de explicar de qué modo la vocación cristiana, concebida así, debe realizarse y manifestarse en las relaciones entre todos los miembros de una familia; por lo tanto, no sólo entre el marido y la mujer (de quienes trata precisamente el pasaje del capítulo 5, 22-23, elegido por nosotros), sino también entre padres e hijos. El autor escribe: *«Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque es justo. Honra a tu padre y a tu madre. Tal es el primer mandamiento, seguido de promesa, para que seáis felices y tengáis larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y en la enseñanza del Señor» (6, 1-4)*. A continuación se habla de los deberes de los siervos con relación a los amos y viceversa, de los amos en relación a los siervos, esto es, a los esclavos (*cf. 6, 5-9*), lo que se refiere también a las orientaciones concernientes a la familia en sentido amplio. Efectivamente, la familia estaba constituida no sólo por los padres e hijos (según la sucesión de generaciones), sino también pertenecían a ellas en sentido amplio incluso los siervos de ambos sexos: esclavos y esclavas.

Ideas claves para desarrollar:

1. Ser santo significa ser virtuosos:

Ahora que hemos descubierto qué es la santidad y las etapas de su desarrollo, la pregunta es; ¿cómo podemos alcanzar la santidad y la unión con Dios? Este caminar hacia aprender a amar y a la santidad está muy relacionado con el poder desprendernos de nuestro egoísmo y soberbia. Es crecer en virtud y quitar de raíz los vicios que sofocan nuestra vida espiritual. Todo esto no sucede de manera espontánea o por sí solo, se requiere mucho esfuerzo.

Solo podemos adquirir la capacidad de amar como Jesucristo a través de un esfuerzo repetido, paciente y constante, impulsado por la gracia de Dios, todo es cuestión de gracia. Es decir, la santidad es un don y debemos cooperar con este don que Dios nos ha dado. Es aquí donde entra la virtud. Es por medio de la virtud, el hábito de hacer el bien, que crecemos en nuestra capacidad de amar a Dios.

La virtud es *“una disposición habitual y firme a hacer el bien” (CEC, 1803)*. Nos permite hacer cosas buenas, pero mejor aún, nos permite dar lo mejor de nosotros mismos en toda circunstancia y ser la mejor versión de nosotros mismos. La virtud conduce a la libertad porque nos da control sobre nuestras acciones. Adquirimos la capacidad de hacer el bien que queremos y necesitamos hacer.

2. Virtudes naturales y virtudes infusas:

Hay dos tipos de virtudes: naturales (adquiridas) e infusas. Las virtudes naturales son buenos hábitos que adquirimos por repetición y no requieren estar en vida de gracia, por lo que todas pueden tener una vida virtuosa en el nivel natural. En cambio, las virtudes infusas son buenos hábitos infundidos por Dios en el Bautismo para disponer-nos a actuar según la recta razón iluminada por la fe. Su propósito es iluminar nuestras facultades (intelecto y la voluntad) elevándolas al orden de la gracia y haciéndolas capaces de realizar actos sobrenaturales de virtud (amar como Dios ama): *“En verdad, en verdad les digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores” (Jn 14,12)*.

Sin ellas, o sin la gracia actual, nos sería imposible *“ser perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto” (Cfr. Mt 5, 48)*. Aunque Dios nos las da en el momento de nuestro Bautismo, se encuentran en una especie de estado latente, como dormidas, en potencia. Es necesario ponerlas en práctica para activarlas y acrecentarlas. Entre más las pongamos en práctica mayor va a ser su acción en nosotros. En cambio, si no las ejercemos se volverán débiles y los vicios empezarán a dominar nuestra vida.

Santo Tomás de Aquino enseñó que la gracia se construye sobre la naturaleza (*ST I, 1,8*), es decir, necesitamos trabajar en las virtudes naturales para que las virtudes infusas puedan tener un mayor efecto en nosotros. Esto significa que si queremos ser santos a nivel sobrenatural primero debemos tener una base sólida moral y ética sobre la cual se edifique la vida de gracia. Ser santos no se da por casualidad o suerte. Es necesario tener la intención y el deseo de ser santo. Primero se debe buscar la bondad

antes que la santidad. Lo primero sienta las bases para lo segundo.

3. Virtudes infusas: teológicas y humanas:

En el Bautismo recibimos dos tipos de virtudes: las virtudes teologales y las virtudes humanas (morales).

a. Las Virtudes Teologales:

Dios las infunde directamente en el alma. Él es su causa y su fin. Es decir, están dirigidas únicamente hacia Él como el objeto y fin de nuestra vida sobrenatural. Nos hacen capaces de actuar como hijos de Dios y de merecer la vida eterna (*CEC, 1813*). Su posesión otorga a la persona una unión inmediata con Dios.

- **Fe:** nos dispone a abandonarnos confiadamente en Dios y a aceptar amorosamente todo lo que nos ha revelado.
- **Esperanza:** inclina a la voluntad a confiar firmemente en que Dios nos dará la vida eterna y proveerá en esta vida los medios necesarios para alcanzarla.
- **Caridad:** nos dispone a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Él.

La fe nos capacita para conocer a Dios como la Verdad Primera, la esperanza nos hace desearlo como nuestro Bien Supremo y la caridad nos une a Él porque Él es la Bondad Infinita.

Las tres virtudes teologales están interrelacionadas, la fe es el fundamento de la esperanza, y ambas son necesarias para alcanzar la caridad. El amor (caridad) se considera la más perfecta de las virtudes como San Pablo nos dice: *“la más grande es el amor” (1Cor 13,13)*, porque nos une más íntimamente con Dios y es la única de las tres que perdura en la eternidad. La caridad es la medida de la perfección sobrenatural, de modo que quien ha alcanzado la perfección en el amor a Dios y al prójimo puede ser llamado perfecto en el sentido más verdadero de la palabra. Esto es porque la caridad establece una relación plena de amor mutuo entre Dios y nosotros, uniendo nuestra alma a Él, y como Dios es amor puro (*1 Juan 4:8*),

cuando Él habita en nuestra alma, es Él quien ama a través de nosotros y perfecciona todo lo que hacemos.

b. Las Virtudes Humanas o Morales:

Son actitudes y disposiciones estables y firmes (hábitos), del intelecto y de la voluntad, que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la recta razón y la fe. Mientras que las virtudes teologales tienen como objeto a Dios, las virtudes humanas naturales o adquiridas tienen como objeto las actividades humanas que conducen a Dios. Son virtudes adquiridas porque se desarrollan como resultado del esfuerzo humano y la repetición.

Cada una de las virtudes humanas, tiene como finalidad conformar las acciones del ser humano al orden divino y natural, ayudándonos a vivir una vida de santidad y perfección cristiana. Nos hacen buenos, moralmente hablando, porque nos capacitan para actuar siempre en el bien al ayudarnos a controlar nuestras pasiones y emociones, y tener dominio sobre ellas.

Todas las virtudes humanas se agrupan en torno a las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza *(CEC, 1834)*:

- **Prudencia:** disposición para discernir y elegir el bien adecuado en cada circunstancia y los medios rectos para realizarlo. Es la virtud que guía a la razón para tomar decisiones correctas en el momento adecuado.
- **Justicia:** disposición constante y firme de dar a Dios y al prójimo lo que es suyo.
- **Fortaleza:** la voluntad constante de soportar los males y vencer los obstáculos que se oponen a la realización del bien.
- **Templanza:** disposición a moderar los deseos y placeres sensibles, permitiendo que sean disfrutados en su debida medida y en armonía con la razón.

Las virtudes, como vimos, pueden aumentar o disminuir en nosotros dependiendo de cuánto estemos abiertos a la gracia divina y las practiquemos. Aumentan cuando nosotros estamos en vida de gracia y de la mano de Cristo para que su gracia nos ayuda a ejercerlas. Solo participando más en Dios podemos aumentarlas, solo

aumentan por la gracia y la ayuda de Dios. Disminuyen con el pecado. Cuando pecamos nos apartamos de Dios y no le permitimos obrar en nosotros. Es como si le cerráramos la puerta y no lo dejáramos entrar en nuestra alma para darnos su vida divina. Por lo tanto, *'sacamos'* de nuestra vida todo lo sobrenatural.

A menudo tendemos a poner a cada virtud en su propia categoría cómo si cada una estuviera aislada de las otras, pero todas se encuentran interconectadas, y no solo entre sí, sino también con otras partes de la vida espiritual, como con los Dones del Espíritu Santo. También las virtudes están directamente conectadas con los vicios que combaten. La realidad es que todo en la vida espiritual está conectado, lo bueno y lo malo.

4. Vicios o malos hábitos

Hemos estado hablando de buenos hábitos; ¿qué hay de los malos hábitos? Cuando no practicamos las virtudes, es decir, los buenos hábitos morales, corremos el riesgo de reemplazarlos con los hábitos opuestos, malos o vicios. Los malos hábitos se llaman vicios. La práctica continua de actos malos específicos se convierte en hábito, y por lo tanto, en un vicio.

El desorden que causó el pecado original en nuestra naturaleza se manifiesta especialmente a través de ocho vicios predominantes a los que la Tradición llama *"pecados capitales"*. *Estos son: soberbia - vanagloria, gula, lujuria, avaricia, acedia, pereza, envidia, ira. Los llamamos "capitales" (del latín caput, cápitis que significa cabeza) porque son fuente o cabecera de todos los demás pecados.*

La Tradición siempre ha reconocido ocho pecados capitales, pero por practicidad muchos teólogos o moralistas han decidido situar a la acedia como parte de la pereza o de la envidia. El papa San Gregorio Magno, en sus Libros Morales, categorizó a los pecados capitales como una sucesión de vicios que consta de tres niveles: primero se encuentra la soberbia, que es el *"inicio de todo pecado" (ST I-II 84,2)* el cual es como un pecado *"super-capital"*, porque todos los demás se originan de él,

incluyendo los demás pecados capitales. En segundo lugar, siguen los siete vicios capitales: vanagloria, envidia, ira, tristeza (acedia y pereza), avaricia, gula, lujuria. Finalmente, los pecados que San Gregorio denomina *“hijas de los vicios capitales”*, que son los pecados que cada uno de estos genera de modo especial.

Un pecado capital es el principio directivo y conducente de otros pecados, es decir, da origen a cierto número de pecados (principio) y los dirige (directivo) hacia su propio interés. Es la raíz e inicio de otros pecados que le sirven para alcanzar su propio fin (*ST I-II 84,3*). Por ejemplo: la avaricia, que tiene como finalidad la acumulación de riquezas, mueve a la persona avara a ser tacaña y a cometer fraudes, dolos, robos, usura, etc. Estos pecados son los medios por los cuales una persona avariciosa busca conseguir más dinero.



ACTIVIDAD:

“PLAN DE VIDA”

Para ser santos y alcanzar la perfección en la caridad necesitamos crecer en virtud y vencer los obstáculos que nos impiden amar verdaderamente a Dios y a nuestros hermanos. Para esto, es fundamental tener un plan de vida espiritual que dirija todos nuestros esfuerzos en la lucha para ser más virtuosos.

PECADO CAPITAL	VIRTUD OPUESTA
Soberbia (vanagloria)	Humildad
Gula	Templanza
Lujuria	Castidad
Avaricia	Generosidad
Acedia	Gozo Espiritual
Pereza	Diligencia
Envidia	Caridad
Ira	Paciencia-Mansedumbre

Al conquistar la virtud y vencer el defecto dominante (pecado capital), nuestro corazón se dispone mejor a vivir el amor de manera concreta y activa. Un plan de vida espiritual es una guía práctica para crecer en santidad. Nos ayuda a cultivar una relación más profunda y auténtica con Dios al darnos los medios para fortalecer las virtudes, superar nuestras debilidades y vivir el amor de Dios en nuestras vidas.

Para esta actividad te recomendamos utilizar la ficha de evangelización “Plan de Vida Espiritual” que puedes encontrar en nuestra página.

Elementos de un plan de vida espiritual:

1. Ideal: el ideal representa la meta que se quiere alcanzar. La virtud que se quiere conquistar y desarrollar con el plan de vida, es una virtud concreta vivida por Jesucristo. Esa es la motivación que nos lleva a querer transformar nuestras vidas. En este sentido nuestro ideal es Cristo en la vivencia de esa virtud. Eje: *“Jesucristo, que vino a servir y no a ser servido (vanidad)”*.

2. Lema: es una frase breve que motive la vivencia del plan de vida y resuma la virtud en la que se está trabajando. Repetirla a lo largo del día nos recordará y motivará a vivir la virtud. Eje: *“El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame”*; (fortaleza, sacrificio, mortificación); Creo Señor, pero aumenta mi fe (humildad, fe, esperanza).

3. Defecto dominante: Especificar el vicio o falla que más nos aleja de nuestro ideal. Todos tenemos múltiples fallos y defectos, al analizarlos podemos observar que unos se repiten más que otros y que unos son más graves que otros. Si profundizamos un poco más, podemos descubrir que hay una causa de esos fallos y defectos, una misma raíz. Esa raíz es el defecto dominante. Una tendencia desordenada, profunda y fuerte que origina la mayor parte de nuestros fallos. Ese será el enemigo principal por combatir, porque es la causa que impide nuestro crecimiento espiritual. En la vida espiritual todos los vicios o defectos se pueden agrupar en dos

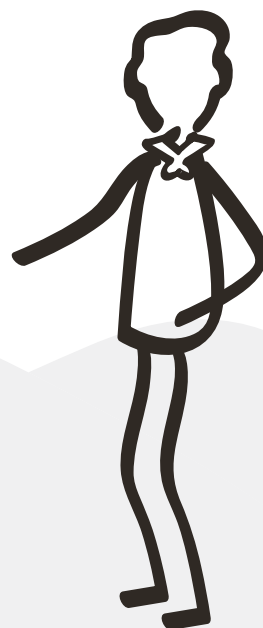
grandes categorías: los que tienen su raíz en la soberbia y los defectos que tienen su raíz en la sensualidad. La soberbia es el amor excesivo y desordenado de sí mismo. Lo que lleva a la persona a no querer vivir según la Verdad. La sensualidad consiste en poner nuestra comodidad como el valor supremo de nuestra vida.

4. Manifestaciones: enunciar brevemente las diversas actitudes en las cuales se manifiesta el defecto dominante. Ayuda examinar los lugares, circunstancias, hechos y situaciones específicas donde se expresa con más fuerza.

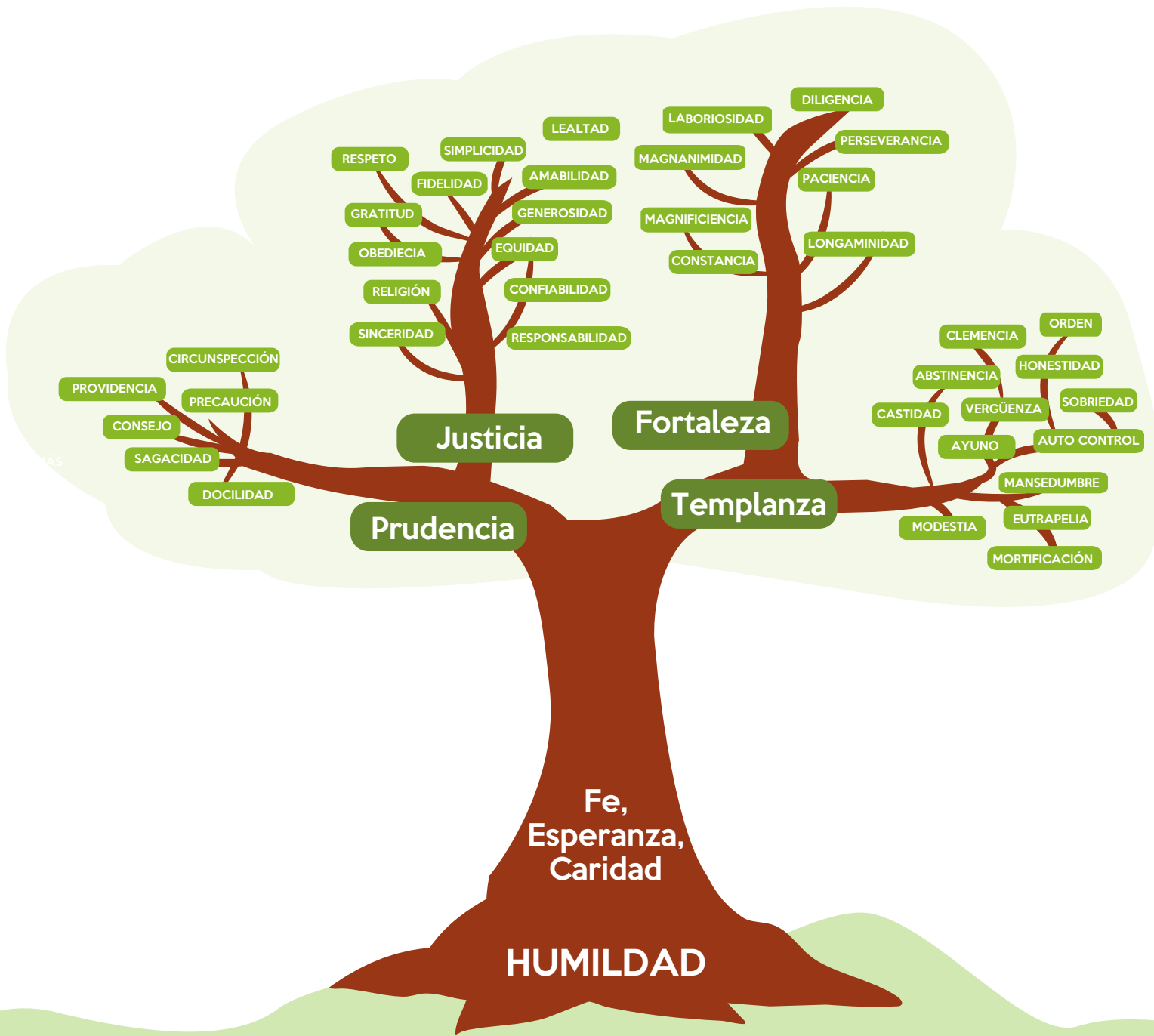
5. Virtud a conquistar: es la virtud en la que trabajaremos para lograr nuestro ideal. Está en estrecha relación con el defecto dominante y sus manifestaciones.

6. Medios generales: son las manifestaciones de la virtud principal que se va a conquistar (virtudes que proceden de ella). Por ejemplo, si la virtud a conquistar es la humildad algunas de sus manifestaciones serían: temor de Dios, obediencia, abnegación, docilidad, verdad, mansedumbre, modestia, simplicidad, pobreza de espíritu, penitencia y contrición, gratitud. Se eligen las virtudes que, de manera global, ayudarán a la vivencia de las acciones concretas que se realizarán en el programa.

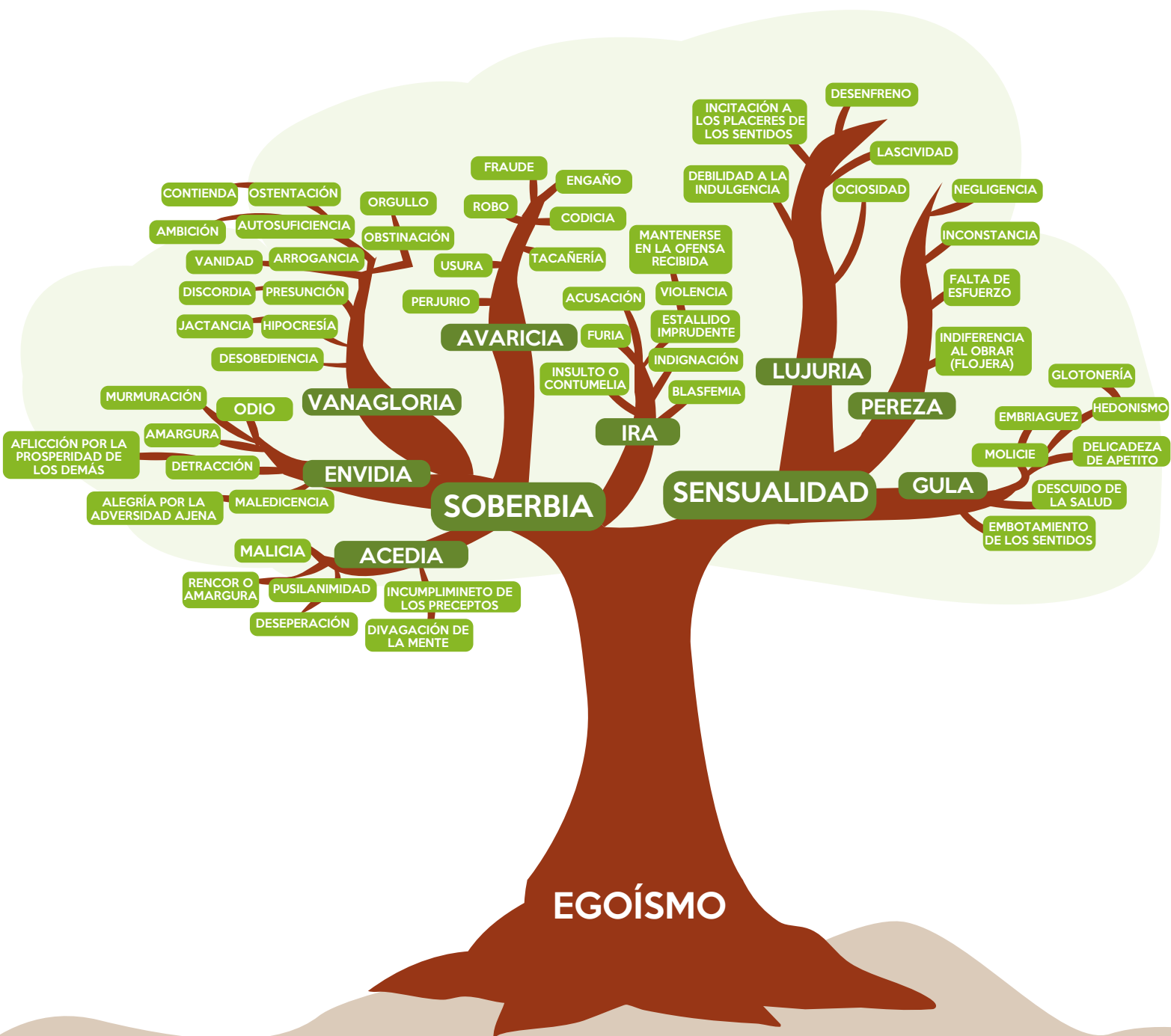
7. Programa: son las acciones concretas, adecuadas, personales, realistas y medibles que se realizarán diariamente, semanalmente y/o mensualmente para crecer en virtud y vencer el defecto dominante.



ÁRBOL DE VIRTUDES



ÁRBOL DE VICIOS



FORMATO DE UN PLAN DE VIDA

IDEAL	
LEMA	
DEFECTO	
DOMINANTE	
MANIFESTACIONES	
VIRTUD ACONQUISTAR	
MEDIOS GENERALES	
PROGRAMA	